

Las “brujas” como enemigo común del capitalismo y el patriarcado

Una reflexión desde la criminología de Zaffaroni y Federici

Ailin Bekevicius¹

SUMARIO: I.- Introducción; II.- La matanza de mujeres como chivo expiatorio en la época medieval; III.- La caza de brujas como artilugio para el capitalismo; IV.- La ficción como reflejo de la historia; V.- Conclusión; VI.- Referencias bibliográficas.

PALABRAS CLAVE: caza de brujas – patriarcado – capitalismo – criminología - Atwood

I.- Introducción

Este trabajo abordará el momento inquisitorial de la criminología y, a su vez, el discurso crítico en materia criminal. Para ello, se examinará el estudio preliminar que realizó Raúl Zaffaroni sobre el libro “Cautio Criminalis” de Friedrich Spee y la obra “Calibán y la bruja” de Silvia Federici, haciendo una breve comparación de algunas ideas de este con el libro “El cuento de la criada” de Margaret Atwood.

Se debe considerar que, si bien ambos autores son críticos de la criminología inquisitorial, la discrepancia es que Federici analiza esta época desde un punto de vista marxista-feminista (explicando cómo la inquisición llevó al comienzo y

¹ Abogada penalista egresada de la Universidad de Buenos Aires. Finalizando la Especialización en Derecho Penal (UBA). Maestranda en Género, Sociedad y Políticas (FLACSO).

desarrollo del capitalismo) mientras que Zaffaroni lo examina abordando la cuestión penal y criticando el poder punitivo de ese tiempo.

II.- La matanza de mujeres como chivo expiatorio en la época medieval

Para Zaffaroni, la inquisición medieval comenzó como un movimiento contra la reacción provocada por la propia corrupción dentro de la Iglesia (reclamando el derecho a comunicarse de forma directa con Dios), relegando absolutamente la mediación eclesiástica. Los que llevaron a cabo estas reacciones eran llamados herejes.

Antes que continuar, es necesario hacer una distinción entre hereje y bruja. Los herejes eran sujetos agrupados que se formaron dentro del propio cristianismo porque querían formar una sociedad nueva y la inquisición medieval fue la que tuvo a su cargo su persecución, impunemente creada por el Papa. Por otro lado, las consideradas brujas fueron aquellas mujeres que cumplían ciertas funciones en una sociedad (curandera, partera, adivina, etc.) y que, además, estaban a favor de prácticas para controlar la natalidad. Podemos decir que la herejía era un crimen masculino (porque era un crimen intelectual) y la brujería era femenino (porque era sensorial).

Sin embargo, a lo largo de la historia hubo diferentes arquetipos de inquisiciones. Uno de ellos fue la matanza de mujeres (llamada caza de brujas) que respondió a la voluntad papal de reforzar el poder central de Roma. Al combatir la brujería, la Iglesia anhelaba sustituir una vieja cultura popular que había comenzado antes de la cristianización. Es así que fue necesario crear urgentemente un chivo expiatorio por parte del clero y los nobles ya que ello constituía estabilidad y continuidad en el poder. El enemigo siguió siendo Satán, pero necesitaban de un ser más cercano que se atreviese a pactar con él y traicionar a Dios. Para ello, debían estigmatizar a las clases subalternas, las más bajas y, entre ellas, a los más débiles acorde a las creencias populares: las mujeres pobres y viejas.

Para poder llevar a cabo esto, se asociaba a la brujería con tareas profesionales propias de las mujeres (como ser curandera), como así también se comenzó a regular la sexualidad para asegurar “la pureza de la estirpe”, por lo que la mujer podía evitarla a través del adulterio.

Según el texto, a las mujeres se las consideraba con menor consciencia del injusto o de la antijuridicidad que el hombre. Es así que

el propio prejuicio discriminatorio misógino de la supuesta inferioridad de la mujer, al mismo tiempo, como derivación lógica, imponía que, en el marco del naciente derecho penal de culpabilidad, se considerase que a su respecto debían ser menores las exigencias para admitir las causas de exculpación y, en cualquier caso, que se tomase en consideración esa inferioridad como atenuante o como razón de menor penalidad (Zaffaroni, 2017, p. 88).

Zaffaroni refiere que la criminología que se cuestiona las causas del crimen (criminología etiológica) inició en la época medieval, con los demonólogos. Esta criminología tiene varios aspectos a analizar:

1) Se debía ampliar de forma considerada la amplitud de daño del adversario (en este caso Satán y las mujeres). Para ello, era necesario adoptar ciertas posiciones tales como tomarlo con moderación, afirmar que se refiere a otro fenómeno diferente, interpretarlo torcidamente y amenazar de muerte a quien lo invoque.

2) Tenían que desvalorizar a las mujeres basándose en una inferioridad biológica, lo que conllevaba a que sea un blanco fácil para el Diablo.

3) Los criminólogos se basaron en argumentos de reduccionismo biologista, arguyendo que los hijos del diablo son producto de las relaciones sexuales que mantenían las mujeres con los demonios.

Con esto se pretendía instaurar la idea de que la comunidad debía defenderse tanto de los enemigos naturales como de los internos, que son capaces de corromper y son necesarios que sean eliminados para así evitar que su reproducción y contaminación desencadene el empobrecimiento de la sociedad. Para Zaffaroni, el derecho penal de esa época tenía como objetivo la depuración y a esa concepción de sociedad le corresponde el derecho penal de voluntad. Su meta no es solamente luchar contra el enemigo, sino simplemente eliminarlo, característica principal de la guerra contra las brujas.

Este derecho penal de voluntad da cuenta de una intención que se considera maligna, indicativa de una disposición interna. Debe investigar y rastrear cualquier conducta significativa de su naturaleza contraria a lo que se considera el interés de la sociedad. Para este autor, no es importante la distinción entre tentativa y hecho consumado.

Posteriormente, Zaffaroni expresa que el “Malleus Maleficarum”² viene a sistematizar algo que ya estaba en proceso (un poder punitivo verticalizante y ejercitoforme) y analiza los caracteres principales del texto:

- 1) Maximización de la amenaza criminal: en la brujería se peca conscientemente.
- 2) Funcionalismo discursivo: si no existiese el mal, no sería posible reconocer el bien.
- 3) La altísima frecuencia de delito para determinar la “emergencia”: es menester aniquilar al enemigo.
- 4) El peor criminal es el que duda de la “emergencia”.
- 5) Neutralización de las fuentes de autoridad.
- 6) Alquimia o inversión valorativa de los hechos: si al ser torturadas las brujas ríen es porque Satán les da fuerzas.
- 7) Coartadas de delitos propios.
- 8) Pureza de imágenes rectoras.
- 9) Contaminación genética: las hijas de las brujas son proclives a la brujería.
- 10) Estigmatización de la alegría popular: previene contra situación que debilitan la disciplina.
- 11) Son más vulnerables los indisciplinados.
- 12) Selectividad victimizante.
- 13) Vulnerabilidad victimológica: sólo los libres de pecado tienen una percepción privilegiada de la realidad.
- 14) Inefabilidad de los inquisidores.

Al finalizar el texto, Zaffaroni menciona que la enseñanza de la “Cautio Criminalis” es mostrar el funcionamiento de la criminología: mostrar la perversión para prevenir o detener las masacres.

III.- La caza de brujas como artilugio para el capitalismo

A lo largo de “Calibán y la bruja”, Federici explica (desde una perspectiva feminista) cómo en los perturbadores siglos de la Edad Media se expropió a los campesinos de sus tierras de una forma tan impetuosa que, finalmente, se los

² Escrito por dos monjes dominicos en el año 1486, es considerado el libro o manual más famoso e indispensable para la inquisición medieval. Versa temáticas como los brujos y sus prácticas, sus poderes, las relaciones de aquellos con el demonio, la tortura que sufrieron como así también el camino hacia la hoguera. Pero, de lo que realmente se trataba, era de un tratado misógino y de odio hacia las mujeres.

obligó a convertirse en trabajadores asalariados para poder sobrevivir. Sin embargo, dice ella, la situación del género femenino es distinta al masculino.

El libro comienza con los movimientos heréticos, algunos de los cuales desencadenaron en rebeliones y en el que las mujeres muchas veces llenaban un lugar importante.

Con la Peste Negra hubo un colapso demográfico que sorprendentemente tuvo un resultado positivo para la clase baja ya que la mano de obra (al verse disminuida) aumentó su valor y se vio fortificada en su situación con relación al poder. Los campesinos tuvieron ventaja al discutir el tributo con sus señores y los trabajadores exigían salarios elevados por su trabajo. Debemos tener en cuenta que, en estas luchas de la clase baja, las mujeres tuvieron un alto porcentaje (por no decir mayoritario) de participación. Esto condujo a que se formaran alianzas entre la nobleza y la burguesía, por temor a la revuelta popular.

Ahora bien, una de las formas en que los estratos más altos de la sociedad medieval trataron de debilitar esa revuelta fue legalizando la prostitución e ignorando las violaciones a las mujeres de las clases trabajadoras, lo que implicó que se creara un conflicto entre el propio proletariado y que se destruyera esa solidaridad que se había obtenido en la lucha antifeudal. En este sentido

La legalización de la violación creó un clima intensamente misógino que degradó a todas las mujeres cualquiera que fuera su clase. También insensibilizó a la población frente a la violencia contra las mujeres, preparando el terreno para la caza de brujas que comenzaría en ese mismo período (Federici, 2010, p. 79).

Para Federici, todo el proceso revolucionario finalizó con la instauración del capitalismo como una solución a la crisis del poder feudal, al vencimiento de las revueltas del proletariado y a la expansión colonial. Agrega, además, que la violencia fue el principal recurso de acumulación primitiva y que la privatización de la tierra y la revolución de los precios fueron esenciales para la transición del feudalismo al capitalismo. Incluso, es de suma importancia completar estas valoraciones con las políticas que se implantaron para disciplinar, reproducir y ampliar a las masas trabajadoras, siendo la primera de ellas el ataque hacia las mujeres que convergió en un nuevo orden patriarcal.

Luego de la crisis poblacional, la reproducción y el crecimiento demográfico se convirtieron en asuntos de Estado. Para regularizar la procreación, se acrecentaron las persecuciones a las brujas, se prohibió (al punto de demonizar)

cualquier manera de control de natalidad y sexualidad no-procreativa y establecieron duras penas al aborto, anticoncepción y el infanticidio. Las mujeres fueron sometidas a la procreación, por lo que “sus úteros se transformaron en territorio político controlado por los hombres y el Estado: la procreación fue directamente puesta al servicio de la acumulación capitalista” (Federici, 2010, p. 139).

La expropiación de la tierra y la desvalorización del trabajo asalariado condujeron a la masificación de la prostitución. De esta manera, se configuró una nueva división sexual del trabajo (contrato sexual) que conllevó a que las mujeres no sean consideradas trabajadoras y les daba a los hombres acceso a su cuerpo y su trabajo. Así, todas las mujeres se convirtieron en un bien común y se formó un nuevo orden patriarcal que las sometió a depender de sus empleadores y de los hombres. Surgió un nuevo modelo de feminidad en donde “la importancia económica de la reproducción de la mano de obra llevada a cabo en el hogar, y su función en la acumulación del capital, se hicieron invisibles, confundándose con una vocación natural y designándose como trabajo de mujeres” (Federici, 2010, p. 112). Esta nueva división sexual del trabajo fue posible gracias a la desacumulación primitiva de los poderes individuales y colectivos de los hombres a través de tres puntos fundamentales para el traspaso del feudalismo al capitalismo.

Sobre el primer aspecto, Federici señala que una de las circunstancias para el desarrollo del capitalismo fue el proceso de “disciplinamiento del cuerpo” a través de la creación del cuerpo proletario en una máquina de trabajo (por medio del sometimiento del trabajador a un salario, al cambio en su relación con el tiempo y al abandono de sus viejos estilos de vida y sus relaciones de solidaridad) y expresa que “la primera máquina desarrollada por el capitalismo fue el cuerpo humano y no la máquina de vapor, ni tampoco el reloj” (Federici, 2010, p. 201).

En cuanto al segundo, es decir la caza de brujas, tuvo su punto álgido cuando las relaciones económicas y políticas del capitalismo mercantil desterraron las relaciones feudales. La caza de brujas se apoyó en una extensa organización oficial y se usó una inmensa propaganda por medio de la imprenta para generar psicosis entre las masas provocando que las acusaciones pasaran desde los sectores acaudalados de los ámbitos rurales relacionados con el Estado a las denuncias provenientes de los propios vecinos de las mujeres víctimas.

Las cortes seculares llevaron adelante la mayor parte de los juicios contra las brujas y los crímenes reproductivos tuvieron un lugar preponderante en ellos. Esta cacería tuvo como objetivo criminalizar el control de la natalidad y poner el cuerpo

femenino al servicio del crecimiento demográfico y la acumulación de la fuerza de trabajo. La autora añade que

del mismo modo que los cercamientos expropiaron las tierras comunales al campesinado, la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres, los cuales fueron así liberados de cualquier obstáculo que les impidiera funcionar como máquinas para producir mano de obra (Federici, 2010, p. 252).

La caza de brujas fue una persecución para envilecer, devastar y demonizar el poder social de las mujeres. Las brujas eran denunciadas de promiscuidad sexual y prácticas heréticas porque existía la necesidad de regular la sexualidad masculina y femenina con fines reproductivos, es decir, las mujeres debían quedarse en sus hogares criando a sus hijos para ser futuros trabajadores disciplinados y a los hombres les correspondía permanecer en el trabajo, vendiendo su fuerza laboral y sometiendo su cuerpo a las extensas jornadas laborales. La creación de la mujer pervertida fue el primer paso para transformar la sexualidad femenina en trabajo.

El tercer y último aspecto trata sobre la colonización en el Nuevo Mundo. Allí, la caza de brujas (junto con los juicios) se constituyó como una táctica para infundir terror, derrotar la resistencia de los nativos y confrontar a sus miembros entre sí. Las mujeres, en este nuevo mundo y antes de la llegada de los colonos, tuvieron una posición de poder que fue extinguida gracias a los colonizadores y sus ideas misóginas, reorganizando la economía y la política del lugar a favor de los hombres, relegando a las mujeres en simples sirvientas de estos.

IV.- La ficción como reflejo de la historia

En el plano narrativo, y muy vinculado con "Calibán y la bruja" en relación a la caza de brujas y la misoginia de la época (incluso con el contrato sexual del que habla Federici y con la exclusión de la mujer del trabajo asalariado conforme el nuevo orden patriarcal), nos encontramos con la historia de "El cuento de la criada" de Margaret Atwood.

La novela de Atwood se centra en una distopía feminista ya que el tema que plantea es el de la esclavitud de las mujeres en base a su fertilidad. La historia acaece en un futuro posbélico en donde los Estados Unidos se transformaron en la República de Gilead, una teocracia basada en el puritanismo y en la interpretación del Antiguo Testamento, en donde la sociedad tiene una organización patriarcal.

Esta sociedad está compuesta por una elite política conformada por los Comandantes quienes tienen bajo su sometimiento a las Esposas, a su vez asistidas por las Marthas (encargadas de los labores de las casas) y, por último, a las Criadas (mujeres con ropas rojas que no tienen ningún derecho a decidir sobre sus propios cuerpos y cuyo único objetivo es engendrar los hijos de los Comandantes).

A través de la historia y del relato en primera persona de Defred (la protagonista y Criada), se hace énfasis en todo lo que se les despojó a las mujeres, ya sea su trabajo (los únicos que trabajan son los hombres, las mujeres se dedican exclusivamente a servirlos en distintos aspectos), su posición social, sus pensamientos, como así también el sexo, la libertad.

Como las ideas de los sujetos conllevan un peligro (cuestión que pondría en riesgo el carácter totalitario del Estado), las mujeres son educadas en Centros que trabajan para devastar la conciencia individual de las Criadas, al punto en que pierden absolutamente todo, incluido su nombre. Un ejemplo de esto último es el nombre de la protagonista, Defred (que pertenece a Fred, el Comandante).

En el mundo creado por Atwood, la procreación es totalmente sagrada, razón por la cual el Estado está en constante vigilancia para con sus habitantes y ante una insubordinación de cualquier tipo se castiga con la horca.

El mundo imaginario de la autora es un mundo en donde la mujer, no importa el rango que posea (sin hacer alusión al estrato social porque fue desposeída de él), está sometida al hombre en todos los sentidos, en donde el sexo es obligatorio para las que son Criadas y al punto tal de que se transforma un trabajo. Si bien todas las mujeres están en condiciones de subordinación (en mayor o menor medida), algunos hombres también se encuentran en esa situación ya que son el proletariado que se somete a largas horas de labor sin vender su fuerza de trabajo, sino que lo “regala”, porque está bajo el manto de la elite política

V.- Conclusión

Para concluir este trabajo puedo decir que, gracias a la inquisición medieval, y más específicamente con la llamada caza de brujas, la iglesia católica obtuvo un mayor poder que le permitió imponer sus ideas misóginas y perseguir a las mujeres que estaban a favor o asistían en los controles de natalidad, trazando un camino que hasta la actualidad es muy difícil de cerrar. Para ello, como vimos, tuvieron que crear un enemigo común (las mujeres que respondían a las características acechadas), denigrándolo tanto desde la perspectiva biológica como así también

jurídica. Sin lugar a dudas, la gran mayoría de las personas que practicaban la brujería, eran mujeres y los inquisidores se centraban en aquellas que no cumplían los preceptos del buen comportamiento sexual. Por esta razón, se podría llegar a suponer que, realizando estas persecuciones, la intención era enviar un mensaje para todas las mujeres.

Por otra parte, puedo decir que la relación entre la obra de Atwood y la de Federici es que, si bien uno es ficción, en ambas se pone de manifiesta cómo el capitalismo se apropia del cuerpo de las mujeres y cumple su rol de guía hacia el control y sanción de nuestra sexualidad, nuevamente forjada en base a la distinción biológica y la capacidad procreadora.

Finalmente, esta inquisición también significó abrir las puertas hacia el capitalismo funcional al patriarcado, facilitando la violencia hacia las mujeres mediante la caza de brujas ya que esta tuvo como objetivo criminalizar las prácticas de aborto o los controles de natalidad de la época, praxis totalmente opuestas al sistema que se estaba imponiendo debido a que se necesitaba mucha mano de obra (económica, por supuesto), por lo que era necesario reglamentar la procreación.

VI.- Referencias bibliográficas

- Atwood, M. (2017). *El cuento de la criada*. Salamandra.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.
- Zaffaroni, R. (2017). Estudio preliminar. Friedrich Spee, el padre de la criminología crítica. En Spee, F., *Cautio Criminalis*. (pp. 13-130). Ediar.